

sentacion de las dos cámaras, con el derecho de peticion; con el anulamiento de la confiscacion, con la seguridad de las propiedades, con la independencia personal y con la garantía contra los golpes de estado, cualquiera que tal creyese, volvemos á decir, daría prueba de no haber tenido nunca buena fe en sus opiniones, y por lo tanto nunca sería digno de ser libre.

## CAPITULO XXII.

## EL TRONO ENCUENTRA SU SEGURIDAD Y ESPLENDOR EN LA CONSTITUCION.

Por lo tocante al rey, ¿tendrá mas latitud su autoridad segun los antiguos reglamentos que por la Constitucion que nos ha dado? Desde un extremo al otro de la nacion, en virtud de una ley aprobada por ambas cámaras, quedan á su disposicion nuestra vida, nuestros hijos y nuestras fortunas. Hable en nombre de la ley, y todos correremos á sacrificarnos por él. ¿Tendrá que sufrir aquellas eternas representaciones, alguna vez justas, pero con mas frecuencia faltas de consideracion, así que sea preciso imponer la mas insignificante contribucion? ¿Trozará en todas las provincias, en cada ciudad, en cada aldea con fueros, con costumbres, con corporaciones que le disputen sus derechos legítimos, y quiten al gobierno la unidad de accion y la rapidez de la marcha? La autoridad regia escudada con ambas cámaras es inatacable, y la fuerza que de ella dimana, irresistible. Las tempestades estallan sobre los ministros; la paz, el respeto y el amor viven estacionados en el trono. Si se siente impelido hácia la gloria de las armas, no tiene mas que hablar y encontrará ejércitos dispuestos á seguirle. Si le agradan las artes y el talento, nada es mas á propósito para desarrollarlas que el gobierno representativo; si le placen las ideas políticas, si se siente inclinado á perfeccionar las instituciones de la patria. ¡Ah! ¡cuántos elementos se adunarán para halagar esa inclinacion verdaderamente regia! ¿Por qué razon habrán de ser los Borbones enemigos de todo cambio en el sistema político? El que acaba de terminar su carrera ¿habia existido siempre? La monarquía ha cambiado de forma de siglo en siglo.

La raza augusta é inmortal de los Capetos ha visto inmóvil sobre el trono pasar á sus piés las generaciones, revoluciones y costumbres de la Francia; y ha sobrevivido á los golpes que brazos parricidas han descargado sobre ella algunas veces, sin dejar por eso de acoger en su seno á sus hijos ingratos. A esa sagrada familia es deudora la nacion de todo cuanto tiene: ella existía, por decirlo así, antes que nosotros, y es tan francesa como la Francia misma. En tiempo de las dos primeras razas, todo era romano y tudesco, gobierno, costumbres é idioma. La tercera raza abolió la esclavitud, instituyó la representacion nacional por medio de las tres categorías sociales, los parlamentos ó salas de justicia, compuso el código, estableció los ejércitos regulares, fundó colonias, construyó fortalezas, abrió canales, ensanchó y adornó las ciudades, levantó monumentos, y creó hasta el idioma que hablaron Duguesclin y Turena, Ville-Hardouin y Bossuet, Alain Chartier y Racine. Luis XVIII al frente de las dos cámaras nos pondrá en un estado dichoso y floreciente, así como sus antepasados nos adquirieron el poder con los Estados generales. El rey encontrará en sí mismo elementos de grandeza que comunicar á los nuevos destinos de la nacion. La monarquía renace de sus propias raices como un lirio que ha perdido sus tallos en la estacion de las tempestades, surge de nuevo del seno de la tierra al primer día sereno de la primavera: *ex omnibus floribus orbis elegisti tibi libium tenum* (1).

(1) Esd.

## CAPITULO XXIII.

## CONCLUSION.

Toda la Europa parece hallarse dispuesta á adoptar el sistema de las monarquías moderadas: la Francia que fue la primera á dar ese impulso general, no puede menos de seguir el movimiento. Agrúpese, pues, la nacion en torno del gobierno. El amor al monarca, á la patria, y el afecto á la Constitucion, sean el único emblema de la bandera nacional.

Gracias al rey, y solo al rey, la Francia de Luis XIV ha podido conservarse en toda su integridad. Vauban supo establecer los límites de esta nacion mucho mejor que los demarcados por los rios y las montañas. La extension natural de un imperio no está, por mas que algunos digan, determinada por los accidentes geográficos, sino por la conformidad de costumbres é idiomas: los límites de la Francia concluyen allí donde no se habla francés. Aquellos ciudadanos de Hamburgo y de Roma que al hablar en el Senado corrompian el idioma de la Francia; que no tenían ni podían tener mas que odio y enemistad contra esta nacion, habrían por último ocasionado su ruina como pueblo, así como los galos y las demás naciones subyugadas destruyeron la patria de Ciceron al tomar asiento en el Senado romano. La Francia es lo que era: un millón de soldados se halla dispuesto en caso necesario á defender á unos cuantos millones de labradores: el suelo del país, semejante á una madre previsora, multiplica sus tesoros y beneficios en proporcion mucho mas alta que la que necesitan sus hijos. Cuatrocientos mil extranjereros, sin contar con los ejércitos nacionales, han asolado sus provincias, y de allí á dos meses hubo que conceder la libre exportacion de cereales. ¿Qué le falta á ese antiguo reino de Clodoveo, cuya fuerza y poder fue alabada por el mismo Gregorio el Grande? Tiene hierro, tiene bosques y cosechas: su sol madura los vinos de todos los países: las costas del Mediterráneo le suministran aceite y seda, y las del Océano pastos para rebaños. Marsella que ya no está, como en tiempos de Ciceron, combatida por las oleadas de la barbarie, atrae el comercio del mundo antiguo, en tanto que sus puertos en el otro mar reciben las riquezas del nuevo. A cada paso se encuentran en este país monumentos de los tres grandes pueblos galos, romanos y franceses. Díosele antiguamente el dictado de madre de los reyes, porque casi todos los tronos de Europa y hasta algunos del fondo de Asia estaban ocupados por hijos suyos. Su gloria que nunca llegará á marchitarse, irá creciendo en el porvenir. Transformados por nuevas leyes los franceses se encaminan á nuevos destinos, y hasta tienen una ventaja sobre los pueblos que les han precedido en la carrera que ahora emprenden, y es la de que habiendo estos envejecido, aquellos la acometen con toda la lozanía de la juventud.

Acostumbrados á los grandes movimientos desde hace tantos siglos reemplazan los franceses el calor de las discordias y el afán de las conquistas por la afición á las artes y por los gloriosos trabajos del ingenio. No necesitan extender ávidas miradas al exterior, sino fijarlas en su hermosa patria y exclamar con Virgilio:

¡Salve, magna parens frugum.....  
Magna virum!

¿Por qué no se ha de hablar con franqueza? Ciertamente que la nacion ha perdido mucho con las revoluciones: pero ¿no habrá ganado algo? ¿No se deben contar por nada veinte años de victorias? ¿No valen algo tantas acciones heroicas, tantas abnegaciones generosas? ¿No hay todavía entre los franceses ojos que derraman lágrimas de ternura, corazones que palpitan solo al oír el nombre de la patria?

Si la multitud se ha corrompido, como siempre sucede en las guerras civiles, también puede decirse que en la alta sociedad se han purificado las costumbres, y las virtudes domésticas se han hecho mas familiares, así como el carácter francés ha ganado también en fuerza y gravedad. Ciertamente es que no ha perdido su frivolidad, pero ha adquirido mas naturalidad y sencillez; cada cual se parece mas á sí mismo y mucho menos á su vecino. La juventud educada en los campamentos presenta algo de viril y original que en otros tiempos no tenía. La religion no es ya en los que se han dedicado á su ejercicio un acto de costumbre, sino el resultado de una íntima conviccion; la moral, que ha sobrevivido en los corazones, no es ya fruto de una instruccion doméstica, sino enseñanza de una razon ilustrada. Los intereses de mas alta consideracion han ocupado las imaginaciones: el mundo entero ha pasado ante los ojos de la Francia. Diferente cosa es defender su vida, ver derrocarse y levantarse tronos, ó no tener mas ocupacion que una intriga de camarilla, una cacería en el bosque de Boulogne, ó una novedad literaria. Trabajo nos cuesta confesarlo; pero en el fondo ¿dejaremos de conocer que el carácter francés ha adquirido mucha mas virilidad que la que tenía hace treinta ó cuarenta años? Por otro lado, ¿por qué se ha de ocultar que las ciencias exactas, la agricultura y los artefactos han hecho inmensos progresos? No desconocemos los cambios realizados en provecho de la Francia: ¿demasiado caros le han costado! Cesemos, pues, de calumniar á la nacion diciendo que no son á propósito sus hijos para tratar asuntos de la libertad: siendo así que todo lo entienden, para todo son á propósito, y todo lo comprenden. Manifestándole consideracion y confianza, esta nacion se elevará á todas las alturas del mérito. ¿No ha dado en momentos de prueba muestras bastantes de todo lo que puede ser? Siéntase orgulloso el hijo de Francia al verse libre y gobernado por un rey salido de su propia sangre. Dé en estos momentos ejemplo de orden y de justicia, así como en otros tiempos ha sabido darlos de gloria: respete á las demás naciones sin dejar de respetarse á sí mismo. Algun provecho puede sacarse de las revoluciones y las desgracias, no desentendiéndose de las lecciones de la fortuna: los furiosos de la Liga salvaron la religion; los estraviados en que la nacion cayó últimamente, la habrán amaestrado á sostenerse en un estado político digno de los sacrificios que para conseguirlo, ha consumado.

Refinanse todos los hombres de intencion sana para predicar una doctrina saludable, para crear un centro de opinion de donde se irradian todos los movimientos. Las cámaras deben unirse estrechamente al rey á fin de que este pueda ejecutar libremente los proyectos que en provecho de su pueblo está meditando. Haya lealtad en los ministros, reine la buena fe por todas partes, y la salvacion de la patria queda enteramente asegurada. Respeto y veneracion al soberano, libertad para las instituciones, honor en el ejército y amor á la patria; hé aquí las opiniones que todo buen ciudadano debe profesar. Fuera de ese centro todo son quimeras, pesares intempestivos, melancólicos caprichos y penosas recriminaciones; y adviértase que á pesar de todas las atribularias disputas que puedan suscitarse, la fuerza del siglo nos hará, mal que nos pese, seguir esa misma senda de que ahora queremos separarnos. Así lo acredita el ejemplo: hace veinte y seis años que principió la revolucion. Solo una idea ha sobrevivido á todas las demás, la idea que fue causa y principio de esta revolucion, la idea de un orden político que proteja los derechos del pueblo sin lastimar los de los soberanos. ¿Habrá alguno que crea que lo que ni los furiosos revolucionarios, ni las violencias del despotismo pudieron destruir, pueda destruirse en estos momentos? La Convencion nos curó

para siempre de tendencias al republicanismo; y Bonaparte tomó por su cuenta el curarnos radicalmente de afición al poder absoluto. Estas dos lecciones nos han hecho conocer que una monarquía limitada como la que se debe á Luis XVIII, es el gobierno que mas conviene al decoro y la felicidad de la Francia.

## INFORME

ACERCA DEL ESTADO DE LA FRANCIA EN 12 DE MAYO DE 1815, PRESENTADO AL REY EN SU CONSEJO DE GANTE (1).

SEÑOR:

Acaba de suceder la única desgracia que amenazaba á la Europa despues de tantas calamidades. Los soberanos, augustos aliados vuestros, creyeron que impunemente podían emplear su magnanimidad para con un hombre que no conoce ni el valor de una conducta generosa, ni la religion de los tratados. Error ha sido este de aquellos que dependen de la nobleza de carácter. Un alma elevada y recta apenas puede formarse idea de la maldad y el artificio; el salvador de Paris no podía entender á fondo al destructor de Moscou.

Bonaparte, colocado por una extraña fatalidad entre las costas de Francia é Italia se ha dejado caer como Genserico sobre el sitio á donde le llamaba la cólera de Dios. Como esperanza de todo el que habia cometido ó meditaba cometer un crimen, apareció, por último, y puso en accion su proyecto. Hombres abrumados con vuestros beneficios, con el seno cubierto de los distintivos que les habeis concedido, besaron por la mañana la mano del monarca á quien iban á vender por la noche. Vasallos traidores, indignos franceses, desleales caballeros, cuando aun resonaba en sus labios el juramento de fidelidad que acababan de hacer, iban con la flor de lis en el pecho, á jurar, por decirlo así, el perjurio al que tampoco vacilaba en declararse á sí mismo traidor, rebelde y desleal.

Por lo demás, señor, el ultimo triunfo que corona y pone término á la carrera de Bonaparte, nada tiene de maravilloso: no llega á ser una revolucion verdadera; nada mas es que una efimera invasion. Ningun cambio real ha producido en Francia: las opiniones siguen siendo las mismas que eran. Tampoco es el re-

(1) Cuando llegamos de Gante tuvimos ocasion de oír á algunas personas que á pesar de ser muy buenos realistas, se habian dejado sorprender y trataban de justificar su entusiasmo hácia un personaje demasiado célebre, diciendo:

No sabeis los favores que nos ha hecho; no os habeis hallado aquí durante los cien días; no habeis conocido el espíritu de la Francia, etc., etc.

Extraño es suponer que unos hombres que habian pasado muchos años en Francia bajo el reinado de Bonaparte; que no se habian ausentado mas que por el término de tres meses; que durante este periodo habian vivido á pocas leguas de la frontera; que todos los días habian recibido noticias de Paris públicas ó confidenciales con solas veinte y algunas veces diez y seis horas de retraso; que estaban en el centro de los ejércitos y de la diplomacia europea, es decir, en el centro de todas las inteligencias y relaciones; que á cada momento veían llegar cerca del rey franceses de la capital y de las provincias; es bien extraño, vuelvo á decir, suponer que para tales hombres la Francia debía ser un país totalmente desconocido. Por lo cual, si se lee con alguna atencion este informe, no podrá menos de verse que no nos halláramos los que habitábamos en Gante tan mal instruidos de lo que sucedía en Paris; que habiamos previsto el desenlace de aquella breve tragedia, y que tal vez juzgáramos de las maquinaciones y estado de los partidos mejor que el que se hallaba colocado mas cerca del teatro.